

# LOS <sup>GRANDS</sup> SUKROS

Nº 5



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



20 CTS

DOS MONJAS MUERTAS EN SANTUCHU



En el convento de las monjas carmelitas de Santuchu (Bilbao), un fuerte huracán ha derribado la torre de la iglesia en el momento que en la capilla central se estaba celebrando la misa mayor. El pavor y la confusión fueron enormes. Entre los escombros se han encontrado los cadáveres de dos religiosas. Hay seis monjas más gravemente heridas. La catástrofe ha causado penosa impresión en Bilbao donde cuentan con tantas simpatías las populares monjas car-



## HISTORIAS DE BANDIDOS

### EL PADRE IGNACIO

#### LADRÓN PORTUGUÉS

I

En el año 1787 ambulaba por las calles de París un extraño personaje conocido por el nombre de "El Príncipe Negro".

Este hombre era realmente un príncipe indiano, a quien un astuto y terrible ladrón portugués había despojado de los tesoros con que el príncipe quería presentarse en Europa.

Ved cómo contaba el mismo príncipe las tramas infernales que el padre Ignacio había puesto en juego para robarle:

"Yo me llamo Baltasar Pascual Celso y soy el hijo primogénito del rey de Timor y de Solor. Soy, pues, el heredero de estos reinos situados en las Molucas, islas del mar de Indias bajo el círculo equinoccial.

Mi matrimonio con la bella Inamai, debía de reunir un día bajo mi cetro el reino de Fernate a los de Timor y Solor. Créame en el colmo de la felicidad, cuando empezaron mis mayores males.

Habíanse establecido en la isla diferentes misioneros, entre los cuales había uno que, devorado por la sed de oro, sólo buscaba una ocasión para saciar sus apetitos de grandeza, uniendo a la más profunda maldad la más refinada astucia.

Tal era el padre Ignacio, dominico portugués.

Había logrado, por la conversión amable y seductora, hacerse estimar de mi padre, que lo nombró mi preceptor.

En sus lecciones adquirí conocimientos generales de las diversas ciencias y artes europeos, y fui educado en la religión cristiana; pero no era esto suficiente, según decía el dominico, con frecuencia, a mi padre el rey.

Para bien del pueblo, juzgaba necesario hacer viajar al heredero de una corona. Esto completaría mi educación. Lejos de las dulzuras del regio hogar paterno—decía el padre Ignacio muy sabiamente—, lejos de la ilusión dañosa que infunde al espíritu la profundidad del trono, era donde un príncipe debía de aprender a reinar. Así es como en Europa los dueños de las naciones más poderosas hacen el aprendizaje de sus gloriosas y penosas tareas.

Nada adelantaba con tan bellos razonamientos, consiguiente justo. Está más instruido que yo. Ha Mi padre no podía acostumbrarse a la idea de alejarme de su lado. Será cristiano, respondía, y por probado que será valiente. Le dejaré un reino dilatado y floreciente: ¿Qué más necesitaba para ser dichoso?

El dominico, viendo que nada conseguía, cambió de táctica. Tenía yo catorce años. El padre Ignacio hizo presente a mi padre que ya estaba en la edad de participar del misterio más sagrado y admirable de nuestra religión, acercándose por vez primera a la mesa de Dios.

Observó también que en el supuesto de una razón de Estado, mi casamiento no estaba lejano. Era necesario prevenir la edad de las disposiciones para afirmar mi alma en la vía de la salvación.

Todo esto fué aprobado, por mi padre, que era muy piadoso. Consintió además, para que la ceremonia de mi primera comunión fuese proporcionada a la dignidad del sacramento, me condujese mi preceptor a Macao, donde el obispo general de las Indias tenía su residencia. Este pequeño viaje fué muy divertido. Regresé compenetrado de los sentimientos de la más tierna edad y deseoso de contar a mis familias las impresiones sobre la célebre ciudad china. La fortaleza, con sus dos baterías; la inmensa rada, la enorme muralla construida de costras de ostras, las factorías militares, las iglesias, los monasterios, todo había llamado poderosamente mi atención.

Sin embargo, el padre Ignacio me decía que nada de esto era comparable con lo que podría ver en Canton, treinta leguas más allá y que Canton tampoco daba una idea de la grandeza de Europa.

El padre Ignacio escuchaba complacido mis interminables relatos. Me parecía advertir—a pesar de mis pocos años—que la alegría que brillaba en sus ojos, era una alegría páfida y cruel. Pero lo que me admiraba más era el aire pensativo, el profundo silencio de mi padre desde mi regreso de Aniamatía.

Una mañana me llamó a su gabinete.

—Príncipe—me dijo—. Mi corazón acaba de resolver el mayor de los sacrificios humanos. Vais a viajar, vas, por algunos años, a separarte de mí, a alejarte de los lugares aún salvajes, que os vieron

nacer. Vais a visitar las más poderosas naciones civilizadas de Europa...

La agitación de mi padre no le dejó continuar. Yo tampoco me atrevía a proferir una sola palabra.

Por fin, con voz velada por la emoción, le dije:

—¿Y qué, señor? Queréis que lejos de vos..., lejos de mi bella Inamai...

—Inamai—replicó vivamente mi padre—, Inamai es mi hija querida, lo será siempre, y siempre su padre mi mejor amigo... Pero, ¡oh, hijo mío! Cede a la voz irresistible de los cielos protectores, que quieren, en fin, probar a las naciones lejanas, que el poderoso rey del Timor y de Solor, que los monarcas de la India no son unos bárbaros. Vé, hijo mío, en medio de ellos, y por el precio de unos miserables montones de oro, que van a deslumbrar sus ansias de codicia y a darle una idea de nuestras riquezas, adquiere un conocimiento exacto de sus grandes estudios, de sus organizaciones militares y comerciales, de sus artes e industrias, de todo lo que y bienestar... Si alguna princesa europea, deslumbrada por el brillo de tu trono, quisiera unirse a tu grandeza, no dejes de seguir los sabios consejos del bueno de tu preceptor. Parte, es preciso, yo lo ordeno, pero apresúrate a volver al lado de tu desgraciado padre...

No pudo continuar su parlamento. Sus facciones estaban inmutadas. En cada palabra descubría la turbación de su corazón. Un torrente de lágrimas quería precipitarse de sus ojos... Retiróse al punto, dejándome profundamente preocupado en interpretar el sentido de aquellas palabras. "Inamai será siempre mi querida hija..." Y sin embargo, si alguna princesa europea quisiera unirse a mí... En mucho tiempo no pude explicarme estas extrañas palabras. Un día, hallándome en el seno de mi más cruel adversidad, lo supe...

Pero continuemos, sin alterarla, la relación de los sucesos, que ya aclararemos, las páfidas maniobras que el dominico portugués padre Ignacio empleó para determinar al rey, mi padre, a dejarme viajar y de este modo poder apoderarse de los innúmeros tesoros que me serían confiados.

Mi viaje a Macao, considerado en su motivo re-

ligioso, había puesto un obstáculo eterno a mi unión con Inamai. Yo había participado del mayor misterio de la religión cristiana, y la hija del rey de Fernate permanecía inviolablemente adicta a los dioses de su patria, a los "Eatonas".

El padre Ignacio, a nuestra vuelta, fingió haber ignorado esta circunstancia, y añadió "que no había ningún remedio, como la princesa Inamai no se convirtiese".

El desenvolvimiento de todas mis sfacultades intelectuales, causaba admiración a mi padre. El fraile aprovechó esta viva impresión, para reproducir el cuadro de los brillantes destinos que procuraría a su gloriosa descendencia, mi viaje a Europa. Halagó su vanidad real al asegurarle que todas las cortes de Europa se disputarían el honor de aliarse con él, ofreciéndole una princesa de sangre real para esposa del heredero de los reinos de Timor y Solor. Y si mi padre y yo—añadía—quisiéramos absolutamente cumplir nuestra palabra al rey de Fernate, este viaje ofrecía el medio más eficaz para resolver todos los obstáculos religiosos, porque al llegar a Roma, obtendríamos la dispensa del Sumo Pontífice. Tales eran las palabras del padre Ignacio.

Entretanto, un buque portugués esperaba se le señalase día para hacerse a la vela.

Mi bella Inamai vino a Timor a ver a una de mis hermanas a la cual amaba tiernamente. Venía acompañada de Tinui su esclava querida y la depositaria de todos los secretos de su corazón: ¡Inamai me amaba!

La ternura inquieta de mi padre había hecho cargar el barco de todas las riquezas que pudieran sostener mi rango en todos los países del mundo. Había prodigado el oro, la pedrería, las alhajas de más precio. Parecía que quería, a fuerza de provisiones, enteramente a su legítimo dueño.

Llegó, por fin, el día de la partida. En el puerto saludé con emoción a todos mis compatriotas y me alejé para siempre de la tierra queridísima que un día tenía que gobernar.

(Continúa en la página 4)





# LO QUE NOS DICEN los criminalistas

UNA ENTREVISTA CON DON AURELIO MATILLA

¿Cuál ha sido su momento de mayor emoción defendiendo a un procesado?

El gran Matilla, gran corazón y gran abogado, generoso e inmejorable defensor de tantos infelices, contesta afablemente—gran amigo y gran simpático, también:

—Indudablemente, los momentos de mayor emoción para mí, no ya en mis actuaciones judiciales,

muerte. Tanto, que se activó todo lo posible la vista para que pudiera incluirse al reo en los indultos de Viernes Santo, aprovechando que no había ningún condenado a muerte en el fuero de Guerra. Pues bien, yo tuve la fortuna de probar que el procesado había matado en defensa propia, influido por miedo insuperable y sin ánimos de causar mal tan grave.

En efecto: aquel individuo, en una riña entre dos bandos de penados, fué acorralado por varios contrarios y atacó sañudamente, atando a un palo un largo cuchillo. El Tribunal apreció aquellas eximentes, y la condena de muerte, ya segura, se trocó en dos reclusiones perpetuas. Excuso decir lo que me congratulé y envaneció aquel triunfo entre personas tan versadas en leyes.

Hay una pausa, y sigue don Aurelio:

—Al defender a uno de los procesados por los sucesos de Cullera—Cuadrado—tuve otra satisfacción: la de que al reunirse, los abogados que concurrían a la vista—tan ilustres algunos y reputados otros—, Sol y Ortega, Melquiades Alvarez, Pi y Arsuaga, Emiliano Iglesias, el único de los defensores o togados a quien aquéllos citaron para cambiar impresiones y repartirse el trabajo de la vista fui yo.

En el año 1913 intervine en otra causa que tomé con gran interés: la del marino de El Ferrol, Pablo Fernández, que fué procesado por no haberse arrodillado al alzar, asistiendo a una misa. Realmente aquel procesamiento era una iniquidad. El muchacho había solicitado no asistir a las ceremonias católicas por ser protestante, como otros muchos en Galicia, por cierto. Se le había eximido, de aquellos actos, pero un cabo, como castigo a cierta pequeña falta, le obligó a asistir a aquella misa. El advirtió que obedecería, pero que al alzar no se arrodillaba. Así lo hizo, en efecto, y se le procesó. Yo conseguí su absolución, y aun más: que, basándose precisamente en mis argumentos, se dictara por el conde de Romanones una disposición a fin de evitar nuevos hechos de tal índole.

Aquello me valió infinidad de felicitaciones. La Liga Evangélica imprimió mi defensa y la repartió profusamente. Los protestantes de Galicia me regalaron por suscripción, en la que no hubo más cuota que la de 5 céntimos, el precioso grupo en bronce que ven ustedes sobre el armario-biblioteca.

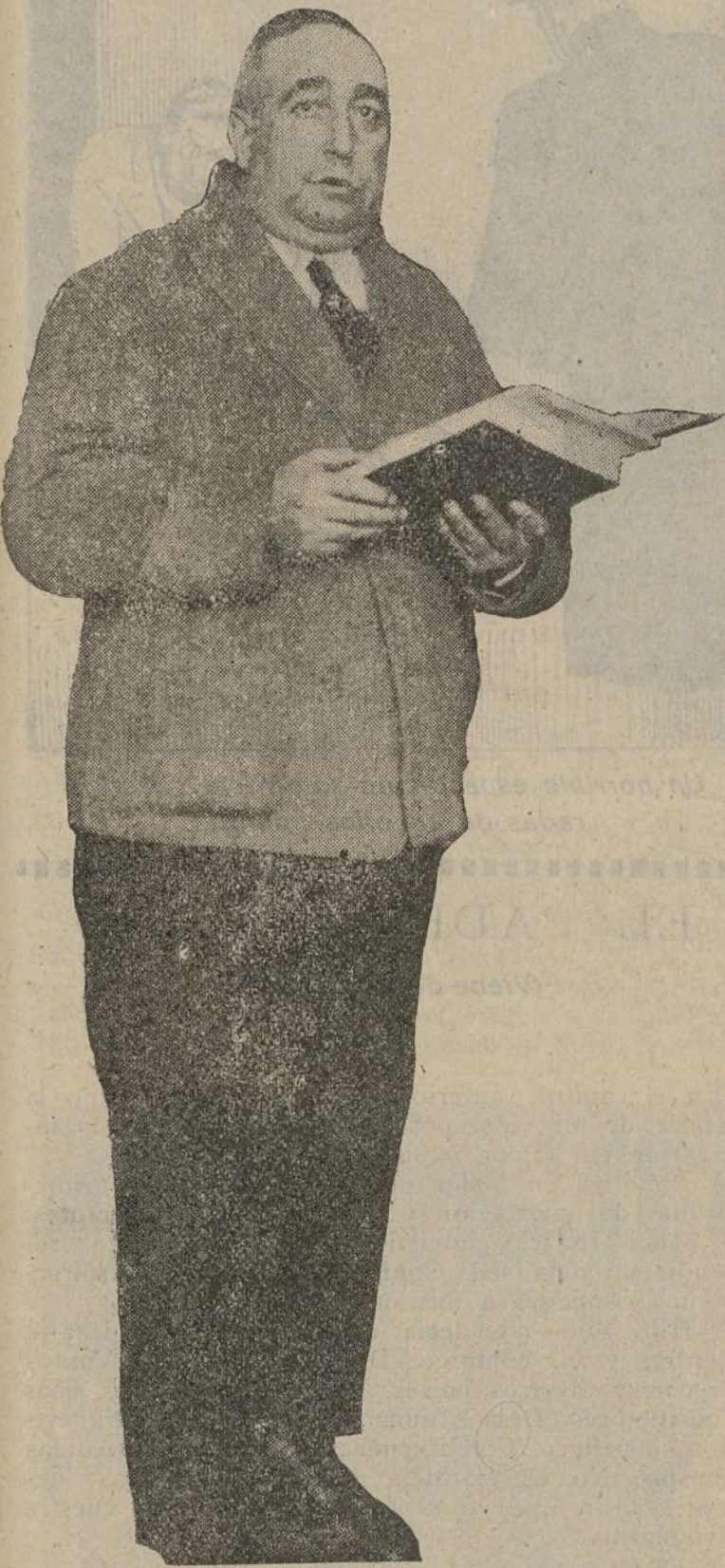
En fin, que, como digo, he tenido muchos momentos de emociones diversas, pero ninguno—repetido—como los que me produjo la defensa de Navarrete. Me ocasionó muy malos ratos. Primero, al tenerme que encargar de la defensa, que verdaderamente, me repugnaba. Luego, mis entrevistas con él, en las que me tenía que violentar grandemente

para persistir en mi papel de defensor. En una de ellas, además, hube de pasar por el trance doloroso de hacer desistir al padre de ver a su hijo por última vez. Por cierto que fué Navarrete quien se negó obstinadamente a la entrevista.

También pasé momentos muy tristes en mis gestiones de indulto. En una de aquellas ocasiones llegaron a la Presidencia, es decir, al Ministerio del Ejército, para ver a Primo de Rivera, la familia de Honorio. Yo intercedí cerca del presidente para que los recibiera, y él accedió en el acto; y, en efecto, nada más entrar, todos se echaron a los pies del dictador y prorrumpieron en llantos y grandes lamentos, pidiendo la vida de Honorio. Era verdaderamente impresionante la escena. Hasta al mismo Primo de Rivera se le saltaron las lágrimas y trató de consolarles dándoles alguna esperanza. Yo hube de salirme del salón, muy afectado. Y a la salida recibí otra impresión de dolor y rabia. Se encontraba allí el obispo de la diócesis esperando para ver al presidente. Le besé el anillo y le supliqué: "Pase, pase su ilustrísima ahora mismo. Es el momento más oportuno para conseguir el indulto. Está ahí la familia de Honorio, y el presidente está conmovido." Y me quedé como de piedra cuando me respondió: "No, yo no tengo interés ninguno. Vengo a pedir el indulto, pchs, porque no digan. Pero, hijo mío, los delitos de esos individuos son verdaderamente horribles."

Y así continuó con un largo y enfatuado sermón, que no tuve la paciencia de aguantar, retirándome indignado. Pues, ¿y en la vista? Hube de sostener una verdadera lucha para que no asistiera hasta el final Navarrete, pues yo había de apoyar mi defensa de tal forma que me era muy violento que aquél escuchara tales conceptos. Bueno, y lo verdaderamente terrible fué la noche anterior a las ejecuciones, en la capilla. Y luego los minutos, los larguísimos y horribles momentos de las ejecuciones. Bueno, yo estaba deshecho. ¿Cómo sería mi excitación, que a pesar de estar obligado a ello, no me dejaron presenciarlas. Me rodearon varios amigos y me lo impidieron. Yo me debatía, tratando de acudir al patio. Creo que gritaba como un loco, incluso improperios contra la Dictadura, que, ya ve usted si pudieron costarme caros. Luego, al salir a la calle y ver a la gente contemplando la bandera negra, me indigné también y les grité: "¡Ya estáis satisfechos. ¡Ya tenéis carne ah.!" Por cierto que nadie me contestó. Me abrieron, por el contrario, paso respetuosamente, con la cabeza baja.

Joaquín SOTO BARRERA



El teniente coronel, abogado criminalista, Aurelio Matilla.

sino en toda mi vida, han sido los que pasé, como defensor de Navarrete, en el célebre proceso por el crimen en el expreso de Andalucía. He tenido otros varios casos en que he recibido hondas emociones, bien de ansiedad, en espera de sentencia, ya de satisfacción viendo el beneplácito del auditorio o las pruebas de confianza en mí. Precisamente esto último es lo que me decidió a hacerme abogado. Nunca había pensado en ello, pero en el año 1924, en vista de los continuos requerimientos para actuar de defensor y aficionado ya a los estudios jurídicos decidí cursar aquella carrera que terminé en un año con toda facilidad. Sí, he tenido varios casos que me emocionaron. Por ejemplo, la defensa de un penado de Ceuta, que el día de Jueves Santo del año 1910 dió muerte a otros dos reclusos. Lo asistí a la vista ante el disuelto Consejo Supremo de Guerra y Marina, verdaderamente impresionado por varias causas: primero, que lo mismo el Tribunal que el fiscal eran togados. Es decir, que el único que no pertenecía a la carrera jurídica era yo. Luego se trataba de una causa que llevaba la clásica cinta negra; es decir, en la que estaba la sentencia de



Aurelio Matilla, en su despacho, conversando con nuestro colaborador Soto Barrera.

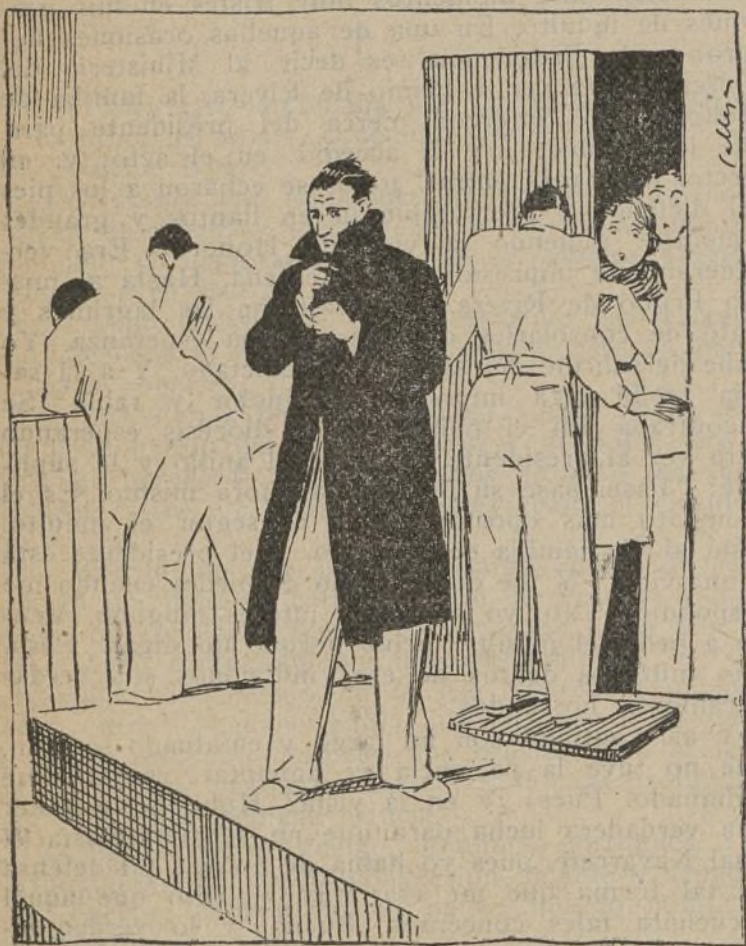


# EL VAMPIRO DE MADRID

## UN GRITO ESPANTOSO

Sería poco más de la una de la mañana del día 26 de noviembre de 1931 cuando los inquilinos de la casa número 86 de la calle de la Madera fueron despertados por un grito de espanto que tuvo la duración de tres o cuatro segundos, un grito atroz que quedó bruscamente ahogado.

Algunos de los vecinos se levantaron de la cama y salieron a los corredores de la escalera. La mayoría, con el frío egoísmo del que se siente a cubierto del peligro, se hicieron un ovillo entre las sábanas, dispuestos a continuar durmiendo tranquilamente.



Algunos de los vecinos se levantaron de la cama y salieron a los corredores.

Los que habían salido a la escalera cambiaron sus impresiones acerca de la causa que podía haber motivado el grito espantoso que acababan de oír.

Alguien propuso que se avisara a la policía, pero la mayoría opinó que lo más prudente era esperar a ver si la lamentación se repetía, porque, en realidad, el motivo de la alarma podía quedar reducido a que alguno de los vecinos de la casa fuera víctima de una pesadilla.

Pasó el tiempo y ninguna queja se volvió a oír. Entonces, los inquilinos retornaron a sus habitaciones, tranquilizaron a sus familias dando por buena la explicación de la pesadilla, y unos instantes más tarde el silencio más absoluto planeaba sobre el edificio número 86 de la calle de la Madera.

Y esta tranquilidad no fué turbada hasta ocho horas más tarde.

\*\*\*

Eran las nueve en punto de la mañana cuando la asistente Rosalía Álvarez se presentaba a hacer la limpieza en casa de doña Antonia Salazar.

Lo primero que le extrañó fué ver cerrada la puerta del piso. Su sorpresa se acreció cuando después de haber llamado repetidas veces no obtuvo respuesta ninguna. Los timbrazos que daba llamaron la atención de algunos vecinos que recordaron el grito espantoso escuchado en la alta noche.

Uno de ellos bajó a la tienda de ultramarinos que está enfrente del portal de la casa y dió aviso a la policía. Unos minutos después, el inspector Martínez Soria llegaba a la casa acompañado de algunos agentes.

Fué preciso buscar un cerrajero y este artesano tardó algún tiempo en abrir la puerta porque el cerrojo estaba echado por el interior, lo que hizo que la tarea resultase más dificultosa.

Los agentes entraron en el piso. Un horrible espectáculo se ofreció a las miradas de aquellos hombres.

Doña Antonia Salazar se hallaba tendida sobre el lecho. La sábana, levantada hasta el cuello. Los rasgos fisonómicos estaban como petrificados por la muerte, y en ellos se mostraban claramente toda la angustia y todo el terror que experimentó aquella mujer cuyo grito espantoso había despertado a los vecinos de la casa.

Aunque cubiertas por la sábana, las manos las tenía tendidas hacia delante como si la difunta hubiera querido apartar de su presencia alguna terrible imagen. Las piernas, encogidas, con las rodillas casi tocando el vientre.

La asistente, Rosalía Álvarez, estuvo a punto de desmayarse al encontrar en aquel estado a su se-

ñora, a la que conocía varios años y en cuya compañía pasaba todos los días un par de horas entregada a las faenas domésticas.

El inspector de policía se había detenido frente al cadáver. En ninguna de las alcobas podía verse la menor huella de que allí hubiese habido un ser humano.

En cuanto se presentó el forense, el inspector le dijo:

—Ya nos encontramos de nuevo ante uno de estos crímenes misteriosos e inexplicables que nos desacreditan ante los ojos de la opinión pública. Hoy estamos a 26 de noviembre. El día 20 murió una mujer en circunstancias idénticas a ésta. Desde entonces cada día hemos tenido un caso semejante. Por tanto, son siete ya los cadáveres femeninos que tiene en su haber el asesino.

Dió unos pasos por la habitación y agregó:

—¡Sí! Un asesino exactamente igual a los otros seis. El mismo grito espantoso en la noche, el mismo misterio... Por otra parte, basta con mirar el cuerpo de esa mujer para darse cuenta de que la muerte no ha sido natural. Mire a ver si encuentra alguna herida o alguna huella de violencia, aunque me parece que no la encontrará.

\*\*\*

El médico dió principio a un examen minucioso del cadáver y tuvo que reconocer que el inspector de policía no se había equivocado al suponer que no encontraría el menor signo de violencia.

Martínez Soria se echó las manos a la cabeza.

—¿Cómo nos va a poner la prensa de esta noche!—dijo.

En seguida, volviéndose a sus hombres, añadió:

—¡Es preciso buscar una pista! ¡Absolutamente preciso! Nos va en ello todo el prestigio del Cuerpo policíaco. ¡Siete mujeres asesinadas en una semana! ¡Y mañana matarán a otra, y pasado a otra! ¡De eso sí que estoy seguro!... La puerta cerrada por dentro, el cerrojo intacto... En el interior de las habitaciones, nadie, absolutamente nadie... ¿Cómo es posible? ¿Cómo?

—Uno de los agentes se atrevió a insinuar:

—Quizá por la ventana...

El inspector abrió la ventana y se asomó:

—Ya ven ustedes—dijo—. La casa es antigua y en la pared no hay un reborde, ni un saliente donde se pueda poner el pie. Ni un escalatorres podría subir por una superficie absolutamente lisa, como es ésta.

—Quizá con una escalera...

—Tampoco puede ser. Estamos en un tercer piso.

Un hombre que pasara con una escalera de esta altura, tendría que llamar forzosamente la atención de los dos serenos que hay en este trozo de calle.

Los agentes escuchaban las palabras del inspector de policía sin poner ningún comentario. Tenían la conciencia de su responsabilidad, y como su superior jerárquico, temían la impopularidad que iba rodeando al prestigioso Cuerpo policíaco.

Pero, ¿qué podían hacer ante aquel misterio sin precedentes?

La muerte no estaba dentro de la casa. No podía entrar ni por la puerta ni por la ventana. El domicilio de doña Antonia carecía de chimenea...

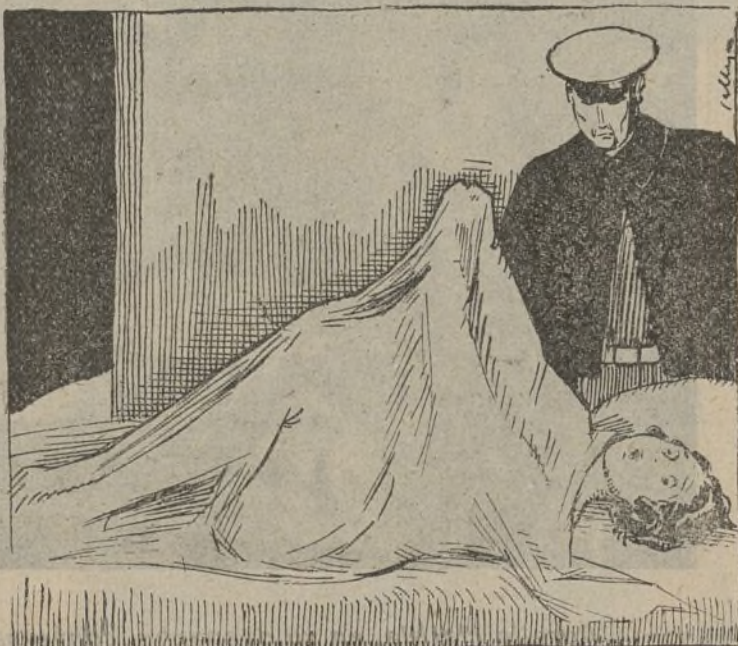
El médico se había inclinado de nuevo sobre el cadáver y lo examinaba con ayuda de una lupa:

—¡Nada!—dijo el forense—. ¡Nada! Mi opinión personal coincide con la de mis colegas que han examinado los casos de las otras seis mujeres muertas... Esta desgraciada ha muerto de una congestión producida por el terror.

El inspector de policía, dispuesto a aceptar aquella hipótesis, dijo:

—En ese caso podríamos decir que las mató el miedo.

Una voz que sonó tras él, dijo:



Las manos las tenía tendidas hacia adelante.

—No las mata el miedo.

Martínez Soria se volvió:

—¡Usted!—exclamó.

—Sí, yo; ¿qué tiene de extraño,

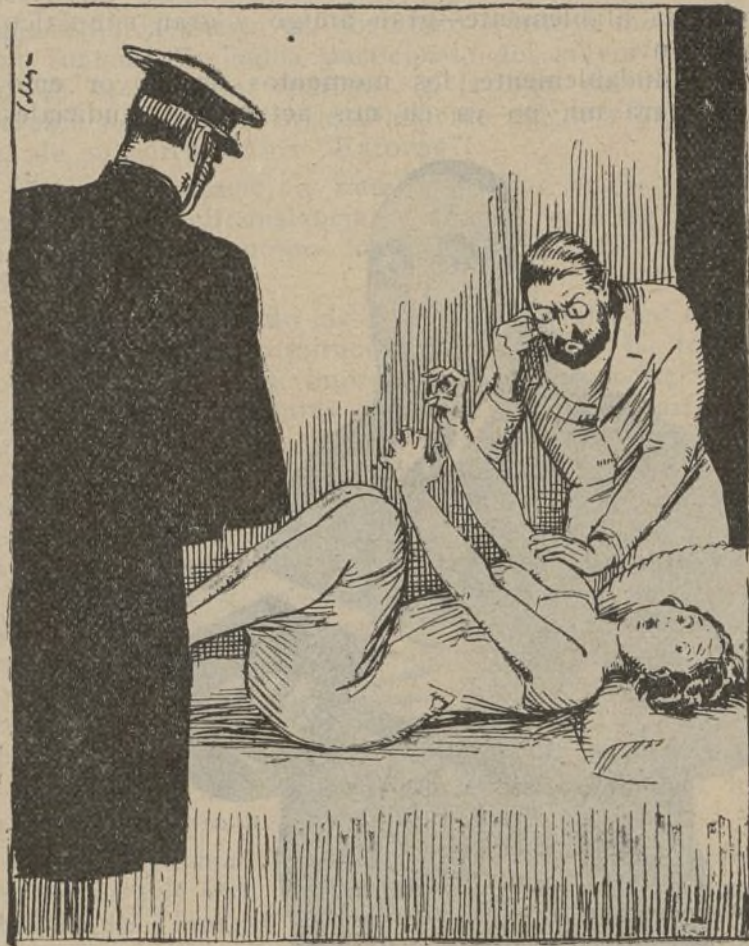
—No, nada; pero...

El recién llegado insistió:

—No, no las mata el miedo.

—¿Entonces...?

—Por ahora le diré que quien las mata es el Misterio. Quizá dentro de poco, pueda personificar al asesino. Tenemos, por lo pronto, un punto de partida, aunque éste sea una cosa tan poco consistente como un grito, un grito espantoso...



Un horrible espectáculo se ofreció a las miradas de aquellos hombres.

## EL PADRE IGNACIO

(Viene de la página 2)

II

En el capítulo anterior podía haber terminado la historia de mi vida, porque verdaderamente al embarcarme en Timor había dejado de existir.

Veíame ya en poder de mi enemigo. Los primeros días de nagevación no justificaron mis temores. El padre Ignacio, advirtiéndome mi abatimiento, reprendía mi debilidad. Confieso que llegó a inspirarme una confianza a mis íntimos temores.

—Hijo mío—me decía con melosa delicadeza—. Mientras estéis conmigo, Dios os protegerá. Vamos a recorrer diversos países, todos con distintos usos y costumbres. Dejaos guiar siempre de mí para evitar todo peligro. Con frecuencia, recurriré a medidas oscuras. No os alarméis por las apariencias; dejadme obrar, que yo seré por todas partes vuestra salvaguardia.

Tranquilizado por estas buenas palabras, sólo pensé en abandonarme a su prudencia.

Al llegar a Macao, pretextando que iba a advertir al gobernador de la fortaleza, abandoné el buque.

Mi padre, con el deseo de que fuese yo rodeado de una magnificencia verdaderamente regia, había hecho embarcar conmigo un prodigioso número de esclavos. Mi preceptor empezó por vender en Macao veintiséis de ellos, porque su mucho número—decía—le era incómodo. Probablemente los diez que reservó sería porque podría contar con su fidelidad. Juzgó también a propósito cambiar una porción de ricos objetos indios por mercaderías propias para comerciar en Europa.

De Macao fuimos a Canton, donde me hizo habitar en el Ham portugués; allí creyó prudente que yo no hablase con nadie y me recomendó adoptase el traje de su nación.

Al dejar la China cambiamos de buque y embarcamos en un navío francés, el "Duque de Bethune". Aquí recibí de él un consejo importante en mucho, para que yo le descurdase: Fué, pues, que me guardase de decir quién era, porque los barcos franceses no recorrían los mares lejanos sino para apoderarse de los reyes indios y comérselos. Me causaron tanto miedo los caníbales, que consentí en disfrazarme de esclavo.

F. M. G.

(Continuará en el próximo número).



# ¿LADRONES DE NIÑOS?



*Vigilad a la infancia! En los parques y jardines públicos, la mano del sátiro espera un descuido para apoderarse de los seres inocentes que allí juegan y rien...*

Adelina de Nauteuil, rubia como el oro, regresa al colegio acompañada de su hermano Héctor. Al ir a entrar en su casa, un hombre la coge en brazos y antes de que la niña se dé cuenta, el autor de este rapto monta en un auto y desaparece calle arriba. El hermano, listo como una ardilla, se da cuenta exacta del suceso y aún puede tomar el número de matrícula del coche.

Gracias a esta previsión del muchacho, la policía encuentra a la niña. Y como por encanto, se desvanece la primera parte de un suceso folletinesco...

\*\*\*

No tienen final tan afortunado muchos raptos de niños, puesto que en la mayoría de los casos, la separación de los padres es la causa que los origina. Y cuando el raptor es el padre o la madre, difícilmente se encuentra al niño robado.

Hace pocos días, el 10 de enero a las ocho de la mañana, un grupo de niños espera a la puerta del colegio de la calle Gy de París, la hora de entrada.

A los pocos días, el misterio queda completamente aclarado.

Hace dos años, en septiembre de 1929, la madre del pequeñuelo abandonó voluntariamente el domicilio conyugal.

A pesar de aquella fuga, la madre delira por ver a su hijo. ¿Cómo pedirselo al padre? Ella sabe que su esposo no le concederá jamás ese favor. Y de acuerdo con su amante, prepara ella misma el rapto de su hijo... Pero el niño no aparece con tanta facilidad. Lo robó una madre desdichada que niega ante la policía como sólo las madres saben negar...

\*\*\*

Recordemos otro rapto cometido el 23 de enero del año 1929, que pudo tener consecuencias trágicas y desagradables.

Un multimillonario americano, el señor Woodward, vive desde hace dos años separado de su esposa. Pero con su esposa, según la ley francesa, quedaron sus hijos, Ruth y Franck, encantadoras criaturas de trece y nueve años, respectivamente. El multimillonario, que paga espléndidamente la separación judicial de su esposa, no puede tolerar que las leyes le condenen a no ver a sus hijos. Y como buen americano y multimillonario, no regatea el dinero ni retrocede ante los inconvenientes que se le

presentan, con tal de tener a sus hijos a su lado. Es su único anhelo.

Un día, visita en su despacho al director de una agencia de policía privada.

—Yo quiero—le dice al director—que sean raptados mis dos hijos, que viven con su madre en el 88 de la calle de los Faisanes, en un hotel de mi propiedad. Aquí tiene usted mis documentos que le prueban la verdad de mi situación, y un cheque de 100.000 francos para los primeros gastos. Cuando esté el asunto terminado, ya pondrá usted el precio de sus servicios.

Con estos argumentos tan contundentes, es innegable la buena solicitud y actividad del director de la agencia.

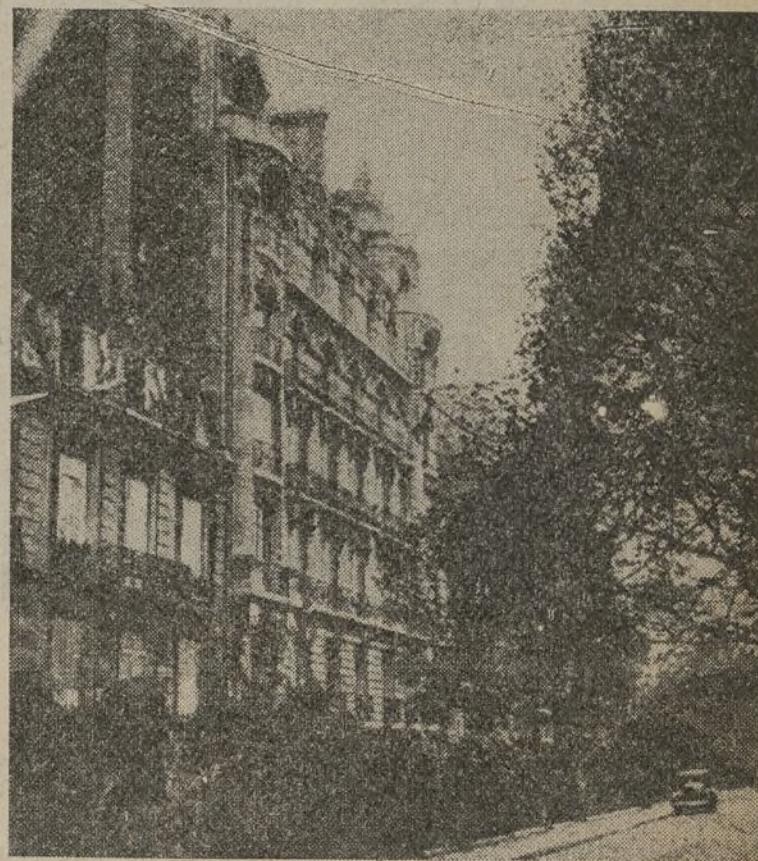
Como los niños estudiaban en el Instituto de la calle de Tokio, en el 68, allí se dirigió el director de la agencia acompañado de tres hombres de su confianza. Hablaron con el profesor y a los pocos minutos los niños salían al "hall" del colegio a recoger unos magníficos juguetes. Tomadas cuidadosamente las salidas, se apoderaron de los niños no sin tener que luchar con el maestro, al cual hirieron levemente.



*El hermano de la niña raptada, que tomó el número de la matrícula del auto, acompañado de un policía, busca a su hermana por las calles de París.*



*El instituto de señoritas donde estudiaba la niña Adelina de Nauteuil.*

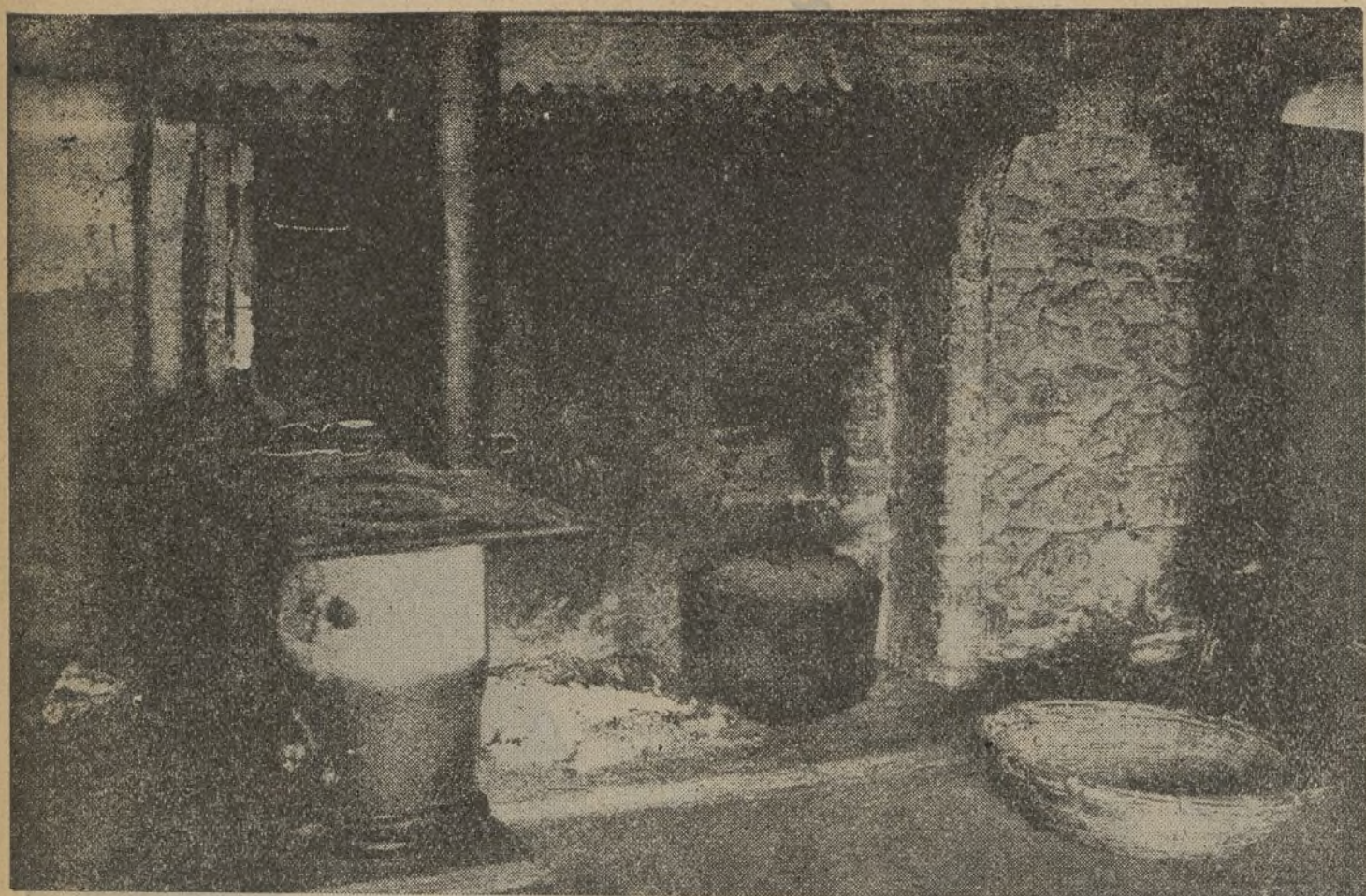


*Casi frente a su casa, fué raptada la niña Adelina de Nauteuil.*

A las seis de la tarde, llegaba el auto del detective particular al puerto del Hambre. A las siete, a bordo de un enorme trasatlántico, el multimillonario y sus dos hijos iban camino de New-York...

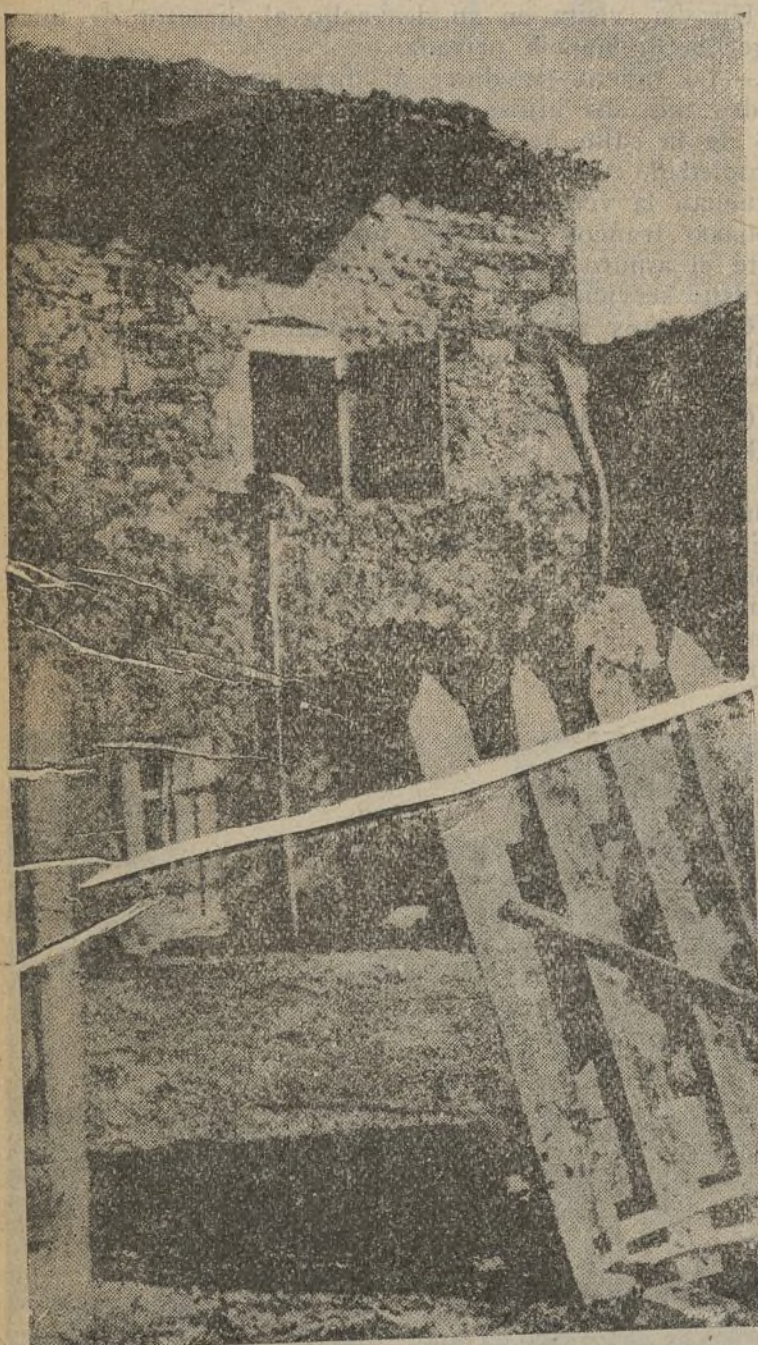
El original y espléndido americano pagó 500.000 francos por el rapto, y aun le mandó al profesor del Instituto de la calle de Tokio 50.000 francos como indemnización de unas lesiones...





Por la mañana, no quedaba del cuerpo de Juan Claudio Martin, nada más que ceniza.

Tengo ante la vista el caserio. Throë está construido a unos 50 kilómetros de Saint Etienne. Entro en el corral de la granja de los Martin. Nada que asombre. El paisaje pastoral no evoca el drama intenso que se ha desarrollado. En el campo, algunos pollos picotean en el estiércol. Un caballo negro toma su avena en libertad. Del establo, en el que durante tres días Isabel Martin ha tenido oculto al asesino de su marido, una niña de quince años, Juliette Martin, sale. Camina inconsciente sobre el



Cierre de tabloncillos que tenía a la entrada la casa de la familia Martin.

suelo donde su padre fué quemado. No parece afectada. Se dedica a sus ocupaciones y me mira al pasar. Es muy cierto que su padre ha muerto, que su tío y su madre están en la prisión, de la que seguramente no volverán; mas ¿para qué alarmarse? Es preciso, ante todo, asegurar la vida de la granja. Pienso, entretanto, ¿existen seres marcados por una fatalidad criminal, como otros marcados por el genio? Yo no acierto a explicarme cómo desde la infancia los Martin han seguido el camino de la delincuencia. Un vecino me invita a su casa y me habla. Me asegura que los Martin estaban reputados como peligrosos en el crimen. Durante su juventud, Antonio y Juan Claudio son arrestados. Antonio es un ladrón y no vive más que de los bienes de los otros. Juan Claudio se preocupa menos de la conquista del dine-

ro, pero piensa constantemente en los amores. Se queda prendado de todas las mujeres del país. En algunas ocasiones se le condena por atentados al pudor.

El tiempo del ingreso en filas llega. Antonio y Juan Claudio son destinados al batallón de África, pero Antonio es de nuevo inculcado por ladrón y su hermano por rebeldía. Son juzgados en Consejo de guerra y enviados al batallón disciplinario.

Algunos de los restos de la víctima fueron encontrados en este cubo...



... y en este saco.

# El Caserío del pecado

Juan Claudio Martin, cinco años más joven que Antonio, pero menos viril, lanza a su hermano en los brazos de Isabel, con la esperanza de que del adulterio nazca un niño, mucho más apto que las niñas para trabajar en el campo. Esto es lo que Antonio, el matador de Juan, afirma hoy. El hecho es que Isabel y Antonio fueron amantes y que llegaron a amarse tanto que pensaron matar para estar más estrechamente reunidos.

Este amor se hace más intenso con las ausencias. Antonio pasa cinco años en presidio. Isabel vive durante este tiempo al lado de su marido como una extraña.

Antonio sale de la prisión y vuelve a Throë, recobrando su

plazó como dueño a su hermano y los dos amantes pudieron durante ese tiempo como habido.

—Pero un año pasa pronto, Claudio regresó, y regresó, con el propósito de que su hermano no viviera más en la casa. Es

—No me iré hasta que no me pagado mis servicios. He tus tierras mientras que tú en presidio. Dame dos mil y me marcharé.

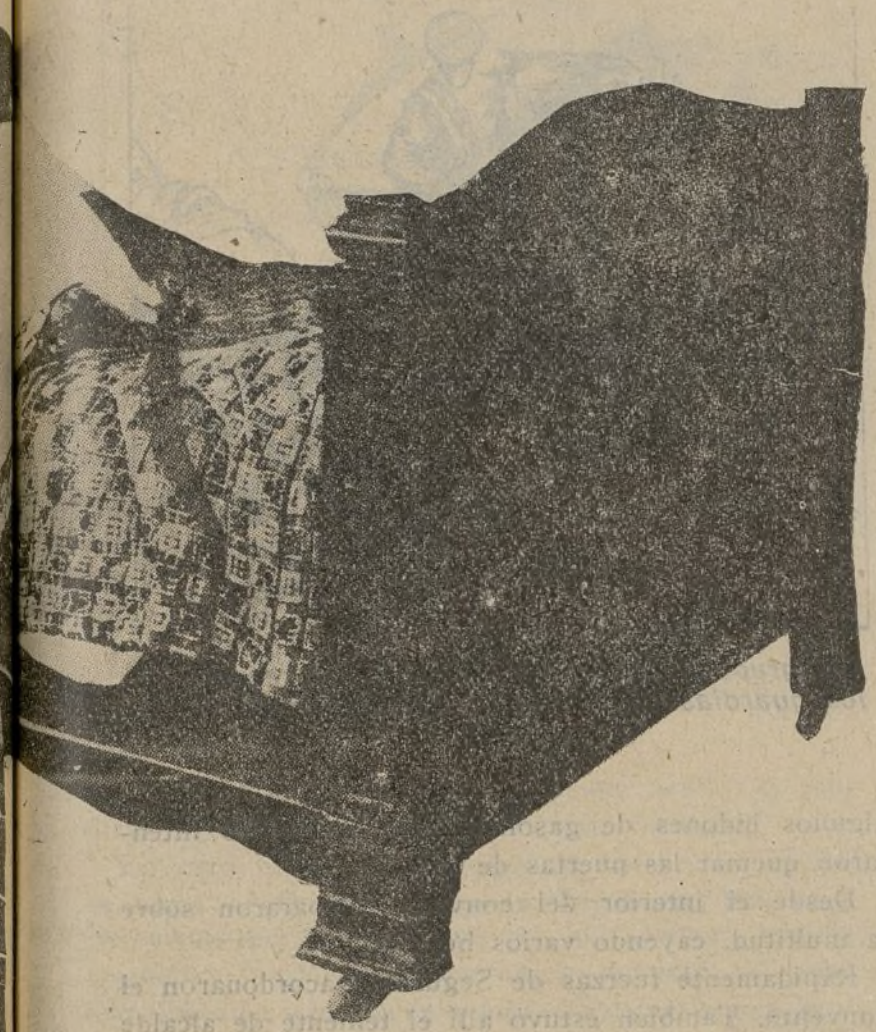
Logra el dinero y marcha

Antonio emprende la marcha el 12 hasta Saint- Pierre de Boeuf, y a partir de este lugar evita las aglomeraciones y se pierde por los senderos mal trazados para no ser visto. Llega de noche. Su amante le tiene preparado un lecho en el establo, detrás de la leña.

El domingo que sigue a este día pasa sin incidentes. El crimen estaba decidido para la noche, pero Juan Claudio llega con la suficiente lucidez para oponer resistencia a sus asesinos. Es preciso esperar.

El lunes, Juan Claudio regresa a la granja cerca de las ocho. Cena rápidamente y manifiesta su intención de salir de nuevo. Quiere llevarse a su mujer para bailar con ella. Parece muy contento. Ella pre-

En la misma cama donde se había cometido el crimen, los dos amantes se acostaron...



la cansancio, y él la deja encerrada. A la una de la noche regresa. Isabel lo recibe amablemente y le dice:

—Es preciso dormir, Juan Claudio.

Lo desnuda como si fuera un niño. El se tiende como puede en el lecho, y ella a su lado, como si lo fuera adormir con su canción. Era unos momentos hasta convencerse de que está dormido. Des-

—Soy yo. Puedes venir. Duerme. Antonio da dos golpes en la cabeza de su hermano y se retira. Juan-



Para proceder a la reconstitución del crimen, llega la aldeana a la casa de labor.



Throë, a 50 kilómetros de Saint-Etienne, está construido en la falda de un pequeño montículo

Claudio da un gran suspiro, pero no grita. Se vuelven a aproximar los asesinos, den un corte en el cuello, y colocan el cuerpo en un saco.

Isabel dice: "Hay que cambiar el aire." No han olvidado el papel de Armenia, y bien pronto el vapor perfumado se extiende por el cuarto. Seguidamente los amantes se acuestan en la misma cama en donde han asesinado.

Al día siguiente, vuelve a su escondite Antonio, hasta que se haya consumado el segundo acto de la tragedia.

Llegada la noche, el cadáver es quemado, y al llegar la mañana nada queda de Juan-Claudio.

Ahora es preciso hacer constar oficialmente la desaparición. Antonio marcha y envía dos car-

do un sonido de claxons llega del camino. Los agentes de policía acuden al caserío del Pecado, para reconstituir el hecho.

Veo salir de un "auto", entre gendarmes, a los dos culpables.

Durante toda la diligencia, no tiemblan; permanecen impasibles y, cuando pueden, pronuncian palabras contra el muerto.

Isabel tiene hambre, y pide que le den un pedazo de pan, el cual parte con su amante.

—¿Puedo ver a mis hijas,—pregunta, después, a media voz.

Un gendarme le da la respuesta.

—Ellas no desean verla a usted.



Los amantes asesinos, escoltados por la policía, nos miran vagamente...

tas. La primera está firmada por Juan-Claudio, y dice:

"No me hago a esta vida; he encontrado una mujer belga muy bonita, y me voy con ella. Haz lo que quieras con mi hermano, o con aquel que desees."

La segunda es de la verdadera firma de Antonio, y tiene estas palabras:

"Te abrazo con todas mis fuerzas, porque te amo para toda la vida."

Estas dos cartas, fueron escritas para ser mostradas. Isabel las hizo leer a un alcalde de la Comuna.

No había mas que una cosa, en la que los amantes no habían pensado. En la acusación del muerto:

—Son capaces de matarme los dos,—había dicho.

Mi interlocutor, ha terminado su relato, cuan-

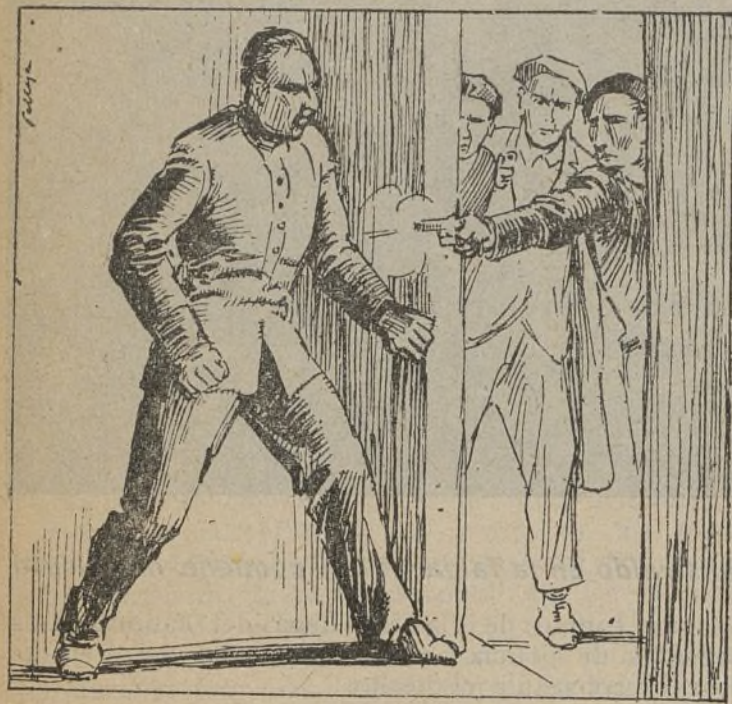
Leed  
**LA EXPULSION DE  
LOS JESUITAS**  
Libro de actualidad  
En él se estudia el hecho histórico  
sacando las consecuencias que con-  
vienen tener presentes en el mo-  
mento actual.



# GRAVÍSIMOS SUCESOS EN BILBAO

A la salida de un mitin tradicionalista se producen los sucesos. - Al pasar una manifestación de protesta por delante del Círculo Tradicionalista, los católicos disparan, atrincherados, contra la multitud. - Cuatro muertos y diez heridos. - Todos los muertos pertenecen a los partidos de la izquierda. - Reacción izquierdista. - Intento de asalto al Círculo Tradicionalista y al convento de las Reparadoras. - Desde el interior del convento se ametralla al pueblo. - Comentarios.

(Crónica de nuestro enviado especial R. Brunet. Dibujos de Vázquez Calleja)



Tres individuos hieren gravemente al ordenanza del periódico católico 'La Gaceta del Norte'.

En el frontón Euskalduna se verificó el día 17 un mitin tradicionalista, en que hicieron uso de la palabra el diputado vasconavarro señor Beunza, el señor Oreja y la señorita Urraca Pastor en representación de la Asociación Las Margaritas.

Durante el mitin, los nacionalistas ya dieron muestras de nerviosismo al interrumpir a Beunza gritando: "¡Viva Vasconia libre! ¡Viva la religión! ¡Viva Cristo Rey!"

El mitin terminó cerca de las dos de la tarde.

A esta hora, un grupo de jóvenes socialistas formó en el Paseo del Arenal una pequeña manifestación que recorrió varias calles del centro cantando "La Internacional" y dando muéras a Cristo Rey, al clero, y vitoreando a la República. La manifestación la acompañaban unos doscientos jóvenes.

Al pasar por delante del Círculo Tradicionalista, situado en la calle de la Ribera, desde el interior del Círculo dispararon contra los manifestantes.

En los primeros momentos fueron recogidos en la vía pública, al lado del teatro Arriaga, el joven de diecisiete años Angel Giménez que, murió cuando era conducido a la Casa de Socorro; Cipriano Gutiérrez, de veintidós años, que también murió en la misma Casa de Socorro. Otro joven fué llevado moribundo a la Casa de Socorro del Ensanche, donde falleció también a los pocos minutos de entrar. En el hospital falleció también el joven de dieciséis años José Luis López.

Intervinieron rápidamente en la colisión los dos guardias del servicio de la circulación del puente del Arenal, que fueron reforzados por una pareja de Seguridad que venía en el tranvía de Achuri. Uno de ellos, Vicente García, resultó herido. No obstante logró detener a Santos Sanz, que fué uno de los que disparaban. Este individuo procede del campo tradicionalista.

Los republicanos y socialistas intentan asaltar el Círculo Tradicionalista

Excitados los ánimos, un grupo de republicanos y socialistas intentaron asaltar el Círculo Tradicionalista, cosa que impidieron las fuerzas de Seguridad. Frente a la puerta del Círculo había quedado el automóvil del diputado señor Beunza. Un grupo de socialistas se apoderó de él, lo arrastraron más de cincuenta metros y lo arrojaron a la ría. Un muchacho de quince años, más decidido, bajó a una gabarra y desde ella roció el automóvil con gasolina y le pegó fuego.

Entre tanto, los republicanos trataban de penetrar en el Círculo Tradicionalista para apoderarse de los asesinos, allí refugiados. Gracias a los esfuerzos de los guardias de Seguridad, no se pudo conseguir el asalto.

Frente a "La Gaceta del Norte"

A las seis y media de la tarde, tres individuos se presentaron en los talleres del periódico reaccionario. Tocarón el timbre de la puerta, al abrir, intentaron entrar a viva fuerza. Se opuso el conserje y los asaltantes dispararon sobre él hiriéndole en la retilla izquierda.

Ante el convento de las Reparadoras caen dos heridos. Se dispara desde el interior del convento

Destacados de los grupos que había frente al Círculo Tradicionalista, salieron por la calle de Hurtado de Amezaga varios centenares de republicanos y socialistas. Al llegar a la plaza de Zabaltzu, intentaron prender fuego al convento de las madres Reparadoras, situado en la citada plaza. Para conseguirlo penetraron en un garaje y se apoderaron de



Desde el interior del convento de monjas, en Zubulburu, disparan sobre los transeúntes.



Un capitán retirado dispara sobre la multitud.



Los grupos atacan con disparos de revolver a los guardias de seguridad que pretenden disolverlos.

algunos bidones de gasolina, con los cuales intentaron quemar las puertas de entrada.

Desde el interior del convento dispararon sobre la multitud, cayendo varios heridos.

Rápidamente fuerzas de Seguridad acordonaron el convento. También estuvo allí el teniente de alcalde socialista señor Lacort, el cual ordenó la defensa del edificio.

Comentarios

Cada vez se acentúa más la lucha religiosa en Vasconia.

Los elementos de la derecha hacen una labor separatista enorme y al grito de "¡Viva! Cristo Rey!" la bandera de la reacción es flameada por los fanáticos defensores del tradicionalismo.

Llegan a recomendar que no se compren artículos

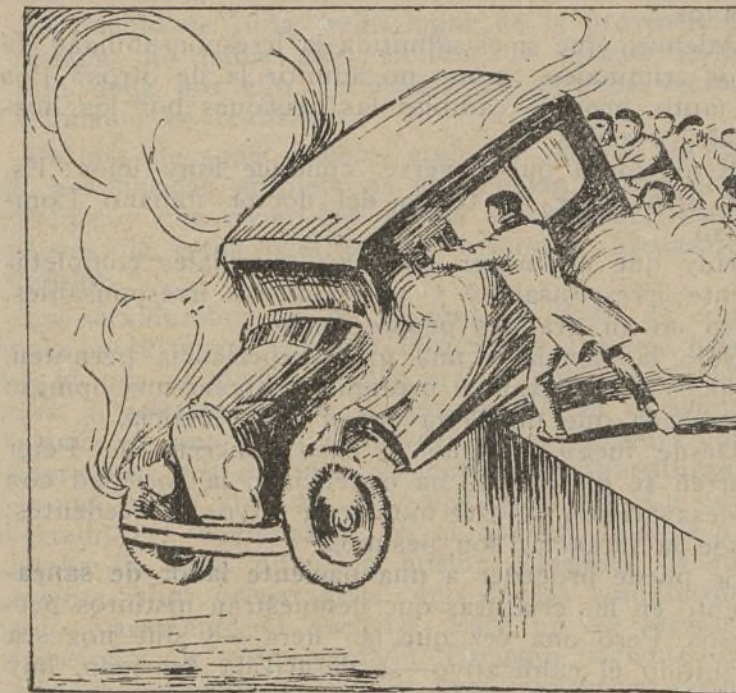


Los tradicionalistas, desde su círculo, hacen numerosos disparos sobre la multitud.

nada más que en los comercios de clara significación católica; que no compren nada más que a los que sean vascos de nacimiento, y recomiendan a la clase patronal que sólo empleen en sus talleres a los obreros de la región.

En Vizcaya hay muchos Ayuntamientos donde la mayoría es reaccionaria, y éstos no cumplen las leyes de la República, ni las órdenes de los gobernadores.

En Orduña se ha dado el caso de que el Ayun-

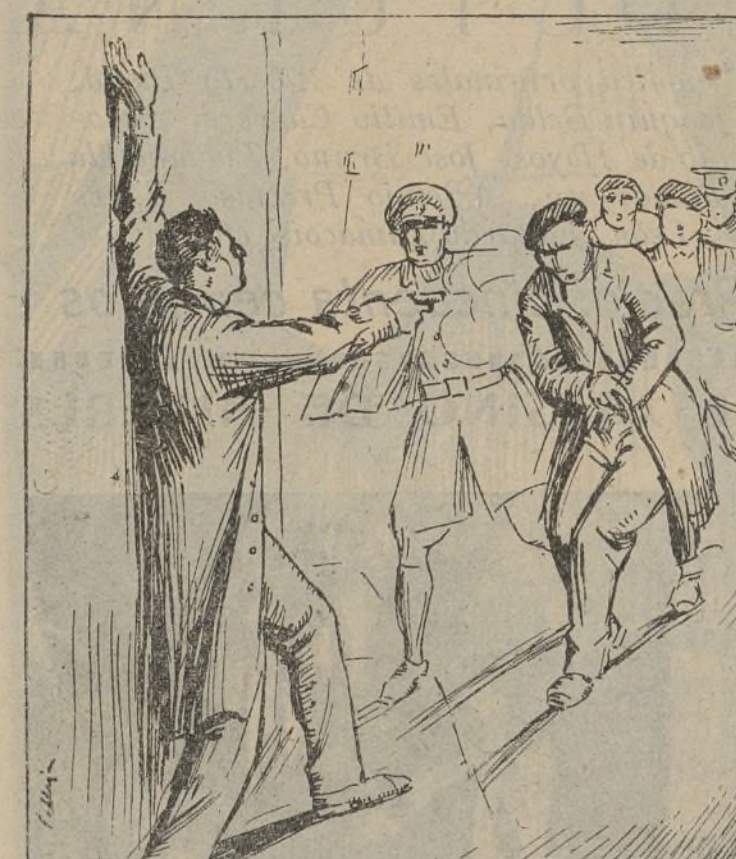


Es arrojado a la ría, después de prenderle fuego, un «auto» que se creyó de Beunza.

tamiento, después de una procesión, acudió a rendirles pleitesía a los jesuitas de esta localidad.

En otro pueblo de Vizcaya, se celebra un mitin, se ataca al Gobierno y a la República. Protestan los elementos republicanos, se les amenaza pistola en mano y cuando presentan la denuncia al juez, éste les dice, con socarronería: "Eso sería una broma; os habrán amenazado con una pistola de juguete."

No hay en Vizcaya policía ni guardia civil republicana. En Sodupe se celebra una romería y ondea en el quiosco de la música la bandera nacionalista. Los demócratas piden al sargento de la Guardia civil



Un tradicionalista dispara sobre un joven, hiriéndole.

que ondee también la bandera tricolor, y el sargento no hace caso.

Salvo raras excepciones, la policía está al lado del separatismo.

En ese mitin de Bilbao, el diputado señor Oreja comienza su discurso con el grito de "¡Sora Euzkadi!", y el delegado del Gobierno ni suspende el acto ni amonesta al furioso diputado separatista.

En ese mismo acto el diputado señor Beunza califica al actual ministro de Instrucción pública de "pobre rifeño".

Tenemos el convencimiento de que el acto del Frontón Euskalduna fué un pretexto para provocar a las masas, como también se ha demostrado que el primer periódico comunista que se publicó en España lo publicaron las derechas vascas con permiso del actual obispo de Madrid-Alcalá, el gallego viqués señor Eijo, entonces obispo de aquella diócesis. Y todo esto, por bien de Vizcaya y por bien de España, tiene que concluir.

En nombre de Dios y de la religión y del orden no se pueden asesinar a esos muchachos de Bilbao. La lucha de ideas no tiene que llegar hasta los linderos del pistolero y del crimen.

Y una nueva guerra civil y religiosa sería un borchorno para España.

Entierro de las víctimas

El lunes se celebró el entierro de los cuatro jóvenes muertos en los sucesos.

El entierro ha constituido una imponente manifestación de duelo. Más de treinta mil personas han desfilaron ante los cadáveres.

De los pueblos comarcanos y de la zona fabril han acudido numerosas representaciones de entidades izquierdistas que han hecho el camino a pie.

Protesta de los elementos radicales socialistas

Un grupo muy numeroso de republicanos bilbaínos afiliados al partido radical socialista, pasó por la calle del Hernao, donde está establecido el domicilio de la Legión Católica. Llamaron a la puerta del local, y como no les contestaron forzaron la puerta y entraron al saqueo destruyendo los ficheros, documentos, muebles. Todo lo sacaron a la calle prendiéndole fuego.

Acudieron los bomberos, pero los radicales socialistas no les dejaron actuar.

En Santurce se celebra un Mitin de protesta por los asesinatos de Bilbao. - Disparos. - Los obreros prenden fuego a una iglesia

El lunes por la tarde, y a la misma hora que en Bilbao se había celebrado el entierro de los republicanos y socialistas asesinados el domingo frente al Círculo Tradicionalista, se celebró un mitin de pro-



Disparan sobre la fuerza que los persigue.

testa. Hicieron uso de la palabra representantes de las agrupaciones locales izquierdistas. Cuando estaba hablando el último orador, en nombre de los afiliados al Centro Vasco, de varias casas cercanas al quiosco de la música partieron algunos disparos.

Parece que el autor de estos disparos es un capitán retirado. Este individuo disparó contra el quiosco de la música. El agresor fué perseguido por el público, refugiándose en una casa de la calle de Murrieta, desde donde continuó disparando. Se calcula que hizo más de cien disparos de rifle.

Excitados por tan cobarde agresión los obreros se apoderaron de unos bidones de gasolina y se dirigieron a la iglesia de San Jorge, rociando el altar mayor y le prendieron fuego.

EL MARTIRIO DE AMINA

A algunos metros de la gran plaza, muchos coches están parados. Los indígenas pueden estar seguros de su vuelta rápida y confortable. Ningún horario. El conductor espera, sencillamente, a que su coche quede completo. Para más seguridad, le cuenta al cliente.

espera, sencillamente, a que su coche quede completo. Para más seguridad, le cuenta al cliente.

Hadji Hamina, había venido sola, y tenía entre sus brazos a un niño.

—¿Hay un auto para Bagdad?

Surge un hombre robusto.

—A tu disposición.

Se sintió contenta..., pero no era rica. No podía pagar más que una sola plaza. Había que esperar a otros viajeros en el auto.

—Vamos. Tres beduinos notables me han llamado. Confíadame pagó, y dió su dirección.

El chauffeur fué exacto, pero los beduinos le habían dado una cita.

—Debo encontrarlos en un café de la Villa.

Durante el camino, el conductor la hizo colocarse a su lado.

—Ven aquí conmigo. No estés en el interior del coche, que muy bien sabes que los beduinos no tienen noción de la propiedad.

Acepta, aunque los beduinos están ausentes.

—No les encontraremos lejos.

Y partieron.

Dos horas pasaron. Iban a una velocidad loca. Hadji había rogado algunas veces al chauffeur, que moderase la marcha. Pero respondía siempre:

—La región está infestada por los pillos, y es preciso acelerar la marcha.

La mujer sentía una gran inquietud. Estaban en pleno desierto. Preguntaba y no obtenía más que respuestas vagas. Lloraba, suplicaba. El hombre paró al fin y descendió. Ella le siguió, pidiéndole la razón de su actitud. Entonces él, la tomó por el talle.

—Yo te conozco hace mucho tiempo, y tengo deseo de ti.

Ella retrocedió, y él tomó al niño entre sus brazos. El bebé, confundido, se puso a llorar. Ella lo quiso recoger. El le decía:

—Si tú no cedes, él morirá.

Y avanzaba con el rostro crispado por el deseo.

—Tú serás mía.

Pero Hamina se había desvanecido. Cuando volvió en sí, se encontró rodeada de animales feroces, que la mordían en diferentes partes del cuerpo. La madre procuraba preservar al niño. Pasó una noche de angustia y al fin llegó un coche.

De él se apearon unos beduinos, que la recogieron.

El marido de Hamina, busca, tanto como los policías, porque un hombre digno, no debe de dejar ciertos hechos, impunes.



# LOS SUKOS

## fúera de España

### Interesante proceso en Bodmiut (Inglaterra)



En Inglaterra está siendo comentadísimo y ha llegado a emocionar vivamente a la opinión, el proceso de Madame Hearn, acusada de haber envenenado a una hermana suya, a la señorita Lydia Everard y a su amiga Alicia Thomas. De izquierda a derecha: Lydia Everard, Madame Hearn (la procesada) y su amiga Alicia Thomas.

### En las afueras de París asesinan a un famoso joyero



Jorge Sauchet, el asesino del joyero de la Avenida Mozart de París, ha sido ejecutado. El presidente de la República francesa no ha podido, ante crimen tan monstruoso, conceder el indulto. Nuestra fotografía representa el lugar donde fué asesinado el desventurado joyero.

### ¿Son culpables algunos criminales?

Esta pregunta se la hacen continuamente las gentes ante las continuas manifestaciones de la ciencia en este sentido.

Verdaderamente, ciertos hechos, juzgados a simple vista, no demuestra más que un enfermo mental por la forma de realización del delito y por el proceso de causas que al delito han llevado.

Con motivo de la ejecución del vampiro de Dusseldorf, los hombres de ciencia alemanes han entablado polémicas sobre si debía o no haberse matado al terrible delincuente, y al mismo tiempo ha surgido a la luz pública la teoría de la "mutilación" para penar cierta clase de delincuentes: sátiros y vampiros.

Un ilustre médico francés, conocido en los lugares judiciales por ser perito en cuestiones criminales, ha declarado que se pronunciaba con indignación contra la teoría, sostenida por algunos médicos alemanes.

La "inutilización" de los criminales ha sido practicada en América sin ningún resultado práctico. Conviene hacer notar, además, que es de influencia importante en la economía. El sometido a la operación queda falto totalmente de energía y sufre inapetencia para todo trabajo, al mismo tiempo que se afemina. En la mayoría de los casos, el sometido a la bárbara mutilación viene a ser una inutilidad social, buena para un osilo.

En la mujer, por el contrario, se producen distintos efectos.

Además, que si es admitida la irresponsabilidad de unos criminales, ¿cómo no admitir la de otros? Por lo tanto, procede cambiar las prisiones por los hospitales y asilos.

Esto, como puede verse, conduce muy lejos. Es, por otra parte, la teoría del doctor italiano Lombroso.

Hay que reconocer que hay criminales completamente irresponsables y parcialmente irresponsables. Pero no en grandes proporciones.

Sólo la ciencia y una gran experiencia permiten, después de un examen profundo, obtener una opinión autorizada que puede favorecer a la justicia.

Desde luego, aunque el caso concreto de Peter Kurten se discute, se ha beneficiado la sociedad con la desaparición de este monstruo, cuyos antecedentes, desde la infancia, son pésimos.

Se puede proceder a una paciente labor de sanearamiento en las criaturas que demuestran instintos perversos. Pero una vez que la "fiera"—y que nos sea permitido el calificativo—se desarrolla del todo, hay que juzgarla y no concederle una beligerancia que puede ser nociva para el resto de la sociedad.

Pero ya decimos más arriba que hay hombres de ciencia que piensan en medios que no son la pena de muerte para castigar estos delitos de demencia o de atavismo criminal.

Nosotros no opinamos, en materia tan delicada como es la de cargar la culpa sobre un ser, que puede no tenerla. Pero debía la ciencia hablar y procurar llegar a una consecuencia en tema de tanta importancia, con el fin de que no pesara sobre la Humanidad la dolorosa pregunta, y mucho menos la amenaza de proceder a "mutilaciones" dolorosas, que a nada conducen.

Comprad todas las semanas

### LA NOVELA NOCTURNA

Publica originales de Alberto Insua, Joaquín Belda, Emilio Carrere, Antonio de Hoyos, José Bruno, Luciano de Taxorena, Artemio Precioso, Luis León, Eduardo Zamacois, etc., etc.

Precio: cincuenta céntimos

### EL ASESINO DE MUJERES



Por fin, después de seis años es detenido en New-York el bandido de Chicago Jack Diamond, acusado de numerosos asesinatos. Jack Diamond, joven y elegante, buscaba sus víctimas entre la buena sociedad neoyorkina. Últimamente asesinó en el Parque Kirlson a una hermosísima mecanógrafa de diecisiete años, después de haber pasado con ella la noche en un cabaret.



## EL BANDOLERISMO EN ANDALUCÍA

# UN GOLPE FRUSTRADO

Corrían los primeros días del mes de marzo de 1868. En Andalucía, periódicamente se producían hechos de bandolerismo, que ponían en movimiento a la Guardia civil, y llenaban de terror a los vecinos. El invierno había sido muy crudo, y esto hacía mayor el número de casos de esta índole, que se amparaban en la miseria de unos, para justificar sus actos delictivos.

El pueblo de Loja, bello lugar de la provincia de Granada, no había sido víctima de ningún golpe, y sin duda por ello, se pensó por algunos vecinos del mismo en realizarlo.

Vecinas de aquel pueblo, eran las señoras de Ortiz, acaudaladas propietarias que habían permanecido solteras, y que vivían con escasa servidumbre. Conocedores de estos detalles, los bribones, prepararon el golpe.

La servidumbre de las señoras de Ortiz se componía en su mayor parte de mujeres, y el único hombre al que se podría temer era al cochero. Había, pues, o que suprimirlo, o complicarlo en el asunto. Después de una larga deliberación, los ladrones convinieron en que suprimir al cochero era aventurado, y podía hacer fracasar el golpe principal. Lo más acertado era complicarlo en el asunto, aunque resultaba un poco difícil la misión. Después de una paciente labor preparatoria, uno de los complicados habló claramente al cochero. Este no se asombró ni molestó por la proposición. Escuchó pacientemente la exposición del plan, y prometió hacer cuanto le indicaran y facilitar al mismo tiempo la entrada de los ladrones en casa de las señoras de Ortiz. En esta primer entrevista, nada convinieron de hora y día. El que había hablado con el cochero tenía

necesidad de poner en conocimiento de sus siete compañeros el resultado de su gestión.

A los pocos días, el cochero recibió la hora, que sería la de las once de la noche del siguiente día.

La casa de las señoras de Ortiz se componía de planta baja y un piso, como casi todas las de personas acaudaladas, en los pueblos. La primera, se componía de un zaguán amplio, y algunas habitaciones, que sólo eran usadas en verano. En el piso principal dormían las señoras de Ortiz, y en él creían los ladrones que debían de guardar el dinero y los objetos de valor. Desde el mismo zaguán arrancaba la escalera que conducía al primer piso. A las diez de la noche, la casa de las señoras de Ortiz, como todas las del pueblo, estaba sumida en el más completo silencio. Se había hecho la vida corriente, y nada podía hacer presumir el tremendo drama que iba a desarrollarse después de pasada una hora.

Unos minutos antes de la hora que los ladrones habían fijado al cochero de las señoras de Ortiz, aparecieron unas sombras en distintas calles del pueblo, que se dirigieron por diferente lugar a la calle donde estaba enclavada la casa de las referidas señoras.

La noche era oscura y fría, por lo que sólo estas sombras eran las que se atrevían a deslizarse por entre la oscuridad y bajo el intenso frío.

Al sonar las once, las sombras, en número de ocho, estaban reunidas a la puerta de las señoras de Ortiz.

Después de unos golpes dados especialmente, la puerta se abrió y los bandoleros se precipitaron en el interior. El que parecía el jefe, y que debía conocer perfectamente la casa, subió la escalera, sin luz de ninguna clase, pero al llegar a su final, se vio sorprendido por la voz de "¡Alto!", y vio cómo le encañonaban los fusiles de los guardias civiles. Rápido, sacó una pistola y disparó; pero los guardias civiles dispararon a su vez, y el hombre rodó las escaleras, destrozado el cráneo de un balazo, arrastrando a su caída a otros dos, que subían detrás de él y que sufrieron, igualmente, heridas.

Otros dos, al oír la voz de "¡Alto!", lograron escapar, aunque fueron capturados, uno la misma noche, y otro a los pocos días.

He aquí lo que había sucedido. El cochero, hombre honradísimo, que llevaba toda su vida al servicio de la casa, fingió estar de acuerdo con los ladrones, pero impuso de todo a sus señoras, las cuales, a su vez, dieron cuenta de lo que se tramaba al capitán de la Guardia civil del puesto, el cual dispuso las cosas de forma que pudieran ser cogidos los malhechores, según se ha visto. El que abrió la puerta, no fué el cochero, sino un guardia civil, vestido de paisano.

El muerto, era un labrador de la casa, y el que había organizado el golpe que le costó la muerte.

Todos los complicados eran del mismo Loja, menos uno, que era del vecino pueblo de Huétor Tarja.

De esta forma se hizo fracasar un golpe que, de haber sido llevado a efecto, hubiese costado la vida de las dos señoras, y de sus sirvientas, pues los bandidos no hubieran perdonado sus vidas, para asegurarse la impunidad de su delito.

M. ANDIANO

### Un atraco en Sevilla

En la finca "La Majaravita", enclavada en las afueras de la típica barriada sevillana de San Jerónimo, el empleado Faustino Alvarez fué enviado por el dueño a comprar gasolina al surtidor más cercano, distante unos dos kilómetros.

Ya en plena carretera, le salieron al encuentro dos sujetos, uno con una pistola y el otro armado de un afiladísimo puñal de enormes dimensiones. Le quitaron las 79 pesetas que llevaba, le pegaron una formidable paliza, y después de desnudarle, le amarraron a un árbol.

Este cobarde atraco está siendo comentadísimo en toda la popular barriada de San Jerónimo.



... Y vió cómo le encañonaban los fusiles de los guardias civiles.



# AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES

## Un crimen extraño



Continuara